

Miedo, egoísmo, indiferencia y dictaduras  
P. Fernando Pascual  
23-12-2021

Al estudiar cómo algunos líderes o grupos han llevado a pueblos enteros a sistemas dictatoriales absurdos y opresivos, surge la pregunta: ¿la gente no podría haber reaccionado?

Es difícil ofrecer una respuesta válida para casos diferentes. En Rusia, China, Cuba, Alemania nazi y otros países, se siguieron estrategias con elementos comunes y con adaptaciones a la situación concreta de cada lugar y según las “habilidades” de quienes lograron aplastar cualquier oposición para imponerse sobre toda la sociedad.

A pesar de lo difícil de la pregunta, hay algunos elementos comunes que suelen ser usados por los dictadores para imponerse a la gente. Uno es el miedo. Otro es el egoísmo. Otro, la indiferencia.

El miedo puede ser usado de muchas maneras. A veces es miedo a la represión policial, o a escuadrillas de matones callejeros. Otras veces es el miedo a perder el trabajo. Otras, el miedo a terminar en la cárcel. Otras, el miedo a ser despreciados por los vecinos o las “masas”.

Junto al miedo, los promotores de dictaduras usan (y abusan) del egoísmo que en cierto modo nos toca a casi todos. Porque el egoísmo nos ata a la propia seguridad y nos impide la audacia de denunciar las injusticias y de enfrentarnos a los opresores.

El tercer elemento está relacionado con el egoísmo, y consiste en cierta indiferencia. Mientras uno crea que está seguro, corre el riesgo de no percibir el daño de otros, ni siente interés de saber por qué la policía hoy arrestó al vecino del piso de arriba.

Por desgracia, con frecuencia la gente no reconoce (no quiere ver) que lo que hoy pasó a un compañero de trabajo puede pasarme a mí. Solo cuando llega una orden de los jueces de ir a la cárcel con una acusación absurda, uno se despierta y llora la cobardía de no haber ayudado a otros en su desgracia.

Lo que ha pasado en diversos lugares y en otros momentos de la historia pasa también hoy. Basta con pensar en cómo viven algunos pueblos bajo dictaduras que controlan casi todos los espacios de la vida pública y buena parte de la vida privada.

Por eso, cuando en sistemas democráticos (lo era la Alemania antes de la subida al poder de Hitler) se perciben señales de mandatos del gobierno que empiezan a vulnerar derechos fundamentales y a marginar a algunos ciudadanos, o a enfrentarlos entre sí, conviene aprender de la historia y reaccionar a tiempo.

Esa es una de las enseñanzas de Solzhenitsyn en su famosa, difícil y valiente obra *Archipiélago Gulag*. Una enseñanza que vale hoy, incluso en los países que se declaran libres, pero en los que algunos gobernantes o grupos de poder pueden imponer, si la gente se deja llevar por el miedo, el egoísmo y la indiferencia, leyes y medidas administrativas que acaben, poco a poco, con la libertad de todos.